





# EL MISTERIO DEL SEÑOR X



Gabriel Albendea

EL MISTERIO DEL  
SEÑOR X

ÁLTERA

EDICIONES

Primera edición: marzo de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Gabriel Albendea

ISBN: 978-84-16645-96-1

ISBN digital: 978-84-16645-97-8

Depósito legal: M-6282-2018

Ediciones Áltera

C/Marcenado 14

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España





# 1

Estamos ya a principios del siglo veintiuno y aún no ha muerto el señor X, aunque muchos anunciaran su defunción hace tiempo con alborozo, a veces reprimido. Incluso en algunos lugares está más vivo que nunca. ¿De dónde extrae su fuerza, su poder, su desmesurada grandeza ese señor? ¿Es de la miserable condición humana de donde extrae su vigor? Desde tiempo inmemorial la gente de muchos pueblos y ciudades hablaba del señor X con tal convicción que parecía haberlo visto en persona, aunque sólo muy pocos decían haber tenido ese privilegio. Algunos, y en el transcurso de los tiempos cada vez en mayor número, consideraban a estos últimos como personas enfermas que veían visiones y no merecían crédito alguno. Entre otras razones, porque cada uno le ponía al señor X una traza distinta: gordo, o delgado, alto o bajo, con barba o sin ella, viejo o joven, sin cuerpo como un fantasma o tan de carne como todo hijo de vecino. Se puso tal denuedo en la discusión sobre el aspecto, modo de ser y cualidades del tal señor X, que la gente llegó a pelearse entre sí, e incluso a matar con auténtica saña, para demostrar que su creencia en las características que poseía el señor X era mucho más lógica y digna de confianza que la creencia en las propiedades que le atribuían otros. Cosa que a primera vista parecía realmente incomprensible cuando se hablaba de un señor desconocido.

Esas opiniones sobre el señor X eran vistas por algunos como propias de niños y de gente del pueblo que no distinguía entre la verdadera realidad y sus fantasías, aunque estas fueran de mucho provecho para soportar animosamente sus desventuras, pensando que las compartía con alguien. Pues no se sabe por qué muchos vieron desde el principio de los tiempos en el señor X a un tipo sacrificado y magnánimo, una especie de Quijote, desfacedor de entuertos, que pretendía acabar con las miserias del mundo, aunque su éxito fuera muy cuestionado. Sin embargo, para otros el señor X era realmente malo, pues permitía toda clase de desgracias, si es que no las producía él mismo. Unos terceros, para intermediar en el asunto, llegaron a pensar que propiamente no había sólo un señor X, sino dos, con propiedades opuestas. Uno astuto y maligno y otro inocente y bonachón. Sin embargo, la mayoría de la gente se hizo reacia a duplicar o multiplicar los señores X y se adhirió a la idea de un solo y auténtico señor X que cumplía los deseos de la gente como el amable genio barbudo de Papá Noel. Por eso, muchos de los primeros fueron declarados facinerosos abominables y ejecutados sin piedad, tras destruir con furia salvaje todos sus escritos y obras. Frente a las opiniones más o menos vulgares sobre el señor X, hubo individuos que se convirtieron en expertos en sus aventuras, que decían incluso hablar en su nombre, cosa rara teniendo en cuenta lo misterioso de ese señor, que permanecía en silencio y al que sólo muy pocos decían haber visto. No obstante, estos especialistas adquirieron gran predicamento entre la población. Durante mucho tiempo se vistieron con ropajes exóticos para distinguirse de los demás, hasta que adoptaron la vestimenta usual cuando la gente empezó a aburrirse de las historias del señor X, unas veces contadas con pelos y señales

y otras, en cambio, sin demasiada precisión y más de oídas que otra cosa. Nunca un señor fue tan famoso en el mundo sin quererlo y estuvo en boca de tanta gente con apariciones tan escasas. Ni nunca se escribió tanto sobre un personaje tan desconocido. Sobre nadie se vertió tanto odio y tanto amor sin que al parecer el señor X se inmutara en su retiro arcano o dorado, o donde quiera que estuviese, pues cada cual lo situaba en un lugar distinto. Se discutió con fervor digno de mejor causa sobre quién fue el primero que habló del señor X, ya que no han quedado monumentos ni vestigios fidedignos que hayan conmemorado tal hazaña que ha dejado boquiabiertos a tantos hombres de todas las razas. Pues, si al comienzo de muchas civilizaciones se hablaba de varios señores X, alguien tuvo la feliz ocurrencia de pensar que era mejor que un tal señor dotado de cualidades excelsas fuese solo uno para evitar envidias y rencillas entre varios supuestos señores X, como ocurría en algunas culturas antiguas. Las masas se apuntaron enseguida a idea tan novedosa, aunque sin entender muy bien a qué obedecía semejante cambio y guiándose por algunos patrocinadores de la idea, pero que en absoluto eran sus inventores. No se sabe con qué habilidad estos patrocinadores del único señor X, y los especialistas en él, habían persuadido al vulgo de la realidad de un señor tan enigmático hasta el punto de tener por loco a quien osara dudar de que ese señor fuese un personaje real y no un mero fantasma salido de la imaginación calenturienta de personas soñadoras, desequilibradas o hambrientas de poder. Qué pueda significar la importancia concedida a un señor tan antiguo e incógnito como el señor X todavía es objeto de todo tipo de controversias, sin que se haya llegado a ningún acuerdo. ¿Quién le puso un nombre tan abstracto cuyo significado todavía ignoramos, si no se alude a

la metáfora de otra cosa? ¿Sería el hombre más feliz si no se sintiera vigilado por la sombra del señor X o se hundiría en el desencanto si no pudiera acudir a su imagen protectora? ¿Qué clase de magnetismo tenía ese señor como para arrastrar tras de sí a millones de hombres como ciegos deslumbrados por una iluminación repentina? ¿El señor X era idea, sueño, fantasía, vana especulación, realidad misteriosa, creación de la mente perturbada del hombre una vez que había abandonado su condición animal?

## 2

Aunque las discusiones sobre estas preguntas, y otras muchas, han sido interminables, aún se discute sobre la utilidad que haya podido reportar y pueda hacerlo en el futuro la creencia en la realidad del señor X. Según algunos, ninguna. Se trata de una suposición absurda de la que es urgente prescindir como un adulto prescinde de los cuentos de su infancia. Para otros, es el resultado de un instinto gregario. Para muchos, una mentira útil para la especie o el engaño a que una minoría poderosa somete a una mayoría analfabeta. Para otros sigue siendo una auténtica realidad de la que el hombre no podrá prescindir nunca.

Está certificado que en los comienzos de la historia del hombre, este, al no entender por qué ocurrían ciertos fenómenos como enfermedades y desastres naturales, los atribuyó a enfados de algún señor X, al que habría que apaciguar con ofrendas y ruegos. Ignoramos por qué no era suficiente atribuir catástrofes y desgracias a la naturaleza y a los hombres mismos. ¿Quizá por un afán de personalización que hacía entrar en danza al ignoto señor X? En todo caso, al poner nombre a las cosas el hombre aquietaba el terror o la extrañeza que le producían, y al nombrar al ignoto señor X le daba nombre a su ignorancia más absoluta acerca del origen de su realidad. Pero que ello calmara su terror no quiere decir que

un simple nombre dado al hecho de su ignorancia resolviera el problema. Por ese carácter de algo incomprensible lo mejor era llamarle señor X.

El temor al poder del tal señor X y a la confianza en su bondad se han alternado con predominio de uno u otra. Por eso, como ya dije, ciertos especialistas han opinado que seguramente había dos señores X opuestos, como dos hermanos gemelos que se odiaran, uno clemente y otro sádico. Esto era una cuestión de pura lógica, difícil de rebatir. Pues si había solamente un señor X, al cual se atribuían sólo cualidades benéficas, ¿cómo dar cuenta de los terribles males que los hombres soportaban sin achacarlos a otro señor maligno tan poderoso como aquel otro? ¿No se podía interpretar la historia como una lucha titánica entre estos dos señores, sin que se pudiera adivinar quién triunfaría al fin? ¿Existía acaso la más mínima esperanza de que esa lucha a muerte entre los dos señores, o en el interior de un mismo señor X, tocara algún día a su fin y se anunciara por medio de trompetas y tambores apocalípticos? Tan fuerte era la tendencia al dualismo que incluso los partidarios de un solo señor X se inventaron un ser astuto y maligno que quería hacerle la competencia y que el señor X, pese a su poder, no era capaz de hacerlo desaparecer. Aunque, según alguna tesis equixológica, incluso ese ser malvado podría ser incorporado al fin de los tiempos a los designios del todopoderoso señor X.

Viendo la facilidad con que la gente creía en el señor X y ponía todos sus deseos y esperanzas en él, algunos se presentaron en sociedad diciendo que no sólo eran especialistas en los asuntos del señor X, sino que el propio señor X se les había aparecido de algún modo extraño, les había nombrado sus representantes y les había dicho cómo la gente tenía que

dirigir su vida. Que se sepa con seguridad, sólo un hombre, hace más de veinte siglos, se atrevió a decir que él era el mismísimo señor X o su hijo sacrificado, del que tanta gente hablaba como la esperanza del hombre y al que muchos habían buscado paciente y desesperadamente sin resultado.

Pero la aparición del señor X en persona quizá planteaba más misterios que los que resolvía. ¿Era verdaderamente necesario un señor X como para que aquél se postulara como tal? ¿Qué credenciales presentaba como para que alguien que no perteneciese a la clase iletrada le creyera, aparte de unas pretendidas hazañas portentosas e incongruentes como cualquier héroe de leyenda antigua? ¿Al mostrarse como el señor X mismo no incurría en la pretensión absurda de dar por supuesto lo que tenía que probar: que existía en algún sitio un señor X, cuya figura él encarnaba? ¿Quién se vanagloriaba de ser el mismísimo señor X estaba realmente cuerdo u obraba de un modo tan caprichoso y prepotente como para despertar la ira de quien podía llevarlo al matadero como a un animal? ¿Por qué un señor tan poderoso no podía salvarse a sí mismo de las insidias y traiciones de sus coetáneos? ¿Por qué se veía como una cosa tan natural que muchos hombres hablaran del señor X como si fuese un familiar al que se trata con toda confianza? ¿Por qué se le ocurrió a alguien proclamar a los cuatro vientos que el señor X había muerto, cuando ni siquiera se sabía si realmente había vivido o era un simple personaje de ficción o un impostor que se reía de la credulidad de los hombres? Enfermo de razón, ¿no era el hombre un ser que no admitía su condición animal y tenía que inventarse personajes que lo protegieran del mal y de la muerte: el sol, la luna, el becerro de oro, el señor X? ¿No tenían también esos personajes que apuntalar el lazo social, porque no era suficiente la razón

para evitar la guerra de todos contra todos, sino que la razón, menguado el instinto, tenía que reforzarse con los mitos y la apelación a una instancia misteriosa e incomprensible que sobrecogiese por lo inapelable de sus decretos?

### 3

Estas preguntas y otras muchas se hacía constantemente Pablo Santacruz, sin que las respuestas incongruentes de los especialistas en asuntos del señor X le produjeran satisfacción alguna. Hasta que la primera noche en que cumplía treinta y cinco años tuvo un sueño, como una tormenta, en el que una voz, lúgubre e íntima a la vez, salida de la oscuridad y del silencio más profundos, le dijo: «En cuanto amanezca, levántate con presteza, vende tus propiedades y lánzate a las calles a predicar el mensaje que te mostraré a los hombres de buena voluntad, porque tú eres aquel que espera tanta gente, descreída de las historias tradicionales, desde hace muchos siglos».

La noche de aquel sueño tan extraño, Pablo no pudo volver a dormirse. En medio de la oscuridad le asaltaba una y otra vez la penosa sensación de aquella voz sin imágenes que le llamaba con una fuerza admonitoria a cumplir un deber nuevo, que creía excesivo para su energía y carácter. No había oído nunca voces que le indicaran nada de lo que tenía que hacer. Afirmarlo le había parecido siempre cosa de locos y materia de psiquiatras. Por eso, por primera vez aquella voz tenía para él un significado especial que le invitaba a creerse sujeto de una elección muy particular. Pero al tiempo permitía que le asaltaran toda clase de dudas acerca de si aquellas exigencias sobre el cometido que se le encomendaba eran verdaderas o

fruto simple de una imaginación perturbada por el sueño más inverosímil. Por otra parte, su carácter retraído, indeciso, melancólico y humilde no parecía el más adecuado para creerse destinado no ya a ser un simple especialista en el señor X sino su igual, a lo que ninguno de los hombres desde hacía siglos se había atrevido, aunque muchos más de los que podría creerse hubieran sentido la tentación de hacerse pasar por semejante personaje, desde faraones a caudillos, reyes, líderes, héroes, profetas y demás. Por muchas voces que oyera, ¿cómo se podría él comparar con individuos de tal alcurnia que habían dirigido la historia por derroteros benéficos o malvados? ¿Quién era él, un simple aprendiz de maestro de niños, aunque tuviera pasión por los libros, para creerse capaz de ascender a tan elevadas cumbres e instalarse allí como en el palacio más prodigioso de todos, habiendo nacido en un tugurio, y dirigirse a la humanidad entera como a su auditorio? Aún más le hacía dudar de la veracidad de aquella voz insondable, el hecho de que le aconsejara desprenderse de sus propiedades. ¿Sus propiedades? ¿De unos cuantos libros y un pisito de noventa metros cuadrados en hipoteca se tenía que desprender y echarse a las calles a mendigar y dormir junto a los cajeros de los bancos? ¿Acaso él era un pájaro para andar de rama en rama sin preocuparse de su alimento? ¿Qué clase de representante del señor X sería él y qué respeto infundiría a los demás con semejante carta de presentación? ¿Acaso infundiría otra cosa que lástima? Además, se preguntaba de quién era aquella voz ambigua y como revestida de un eco lejano. ¿Quién tenía autoridad como para mandarle predicar por los caminos una buena nueva cuyo contenido ignoraba y que aquella voz no le había revelado por el momento? Pensaba que, aunque él pudiera representar al señor X, seguía siendo una incógnita

para sí mismo, una incógnita carente de identidad, presta a oír cualquier voz, pese a que le dijera cosas contradictorias. Ello le hundía en una depresión vertiginosa, ignorada hasta entonces, al no sentirse capaz de estar a la altura de las circunstancias. ¡Cuánta incertidumbre y angustia le atormentaron durante tiempo por su indecisión sobre el nuevo destino a que le llamaba alguien aquella noche estremecedora, después de que se truncaran otros proyectos más asequibles que no le había exigido cumplir ninguna voz de ningún sueño! Si él tenía que hablar en nombre del mismísimo señor X, ¿de dónde iba a recibir la fuerza, la constancia, la decisión, el poder, la modestia, el orgullo, la ilusión, la entereza y el dominio de sí mismo, de los que ahora carecía, para llevar a cabo su misión? ¿Y cuál era su misión? Si él mismo tenía que descubrirla, ¿estaría algún día capacitado para ello o seguiría preso de dudas y confusiones hasta el instante de su muerte? ¿Sobreviviría al fracaso de sus proyectos y expectativas, o se hundiría sin remedio en la depresión y el odio contra sí mismo por haber sucumbido a una ilusión de orgullo y vanagloria sin límite, consciente ya de ser sólo el sujeto de una pasión inútil? ¿Y qué significaba propiamente que él pudiese hablar en nombre del mismísimo señor X en el que la humanidad había confiado y al que había temido? Incluso llegó a pensar en acudir a un psiquiatra por si le diagnosticaba alguna enfermedad mental.



Sin embargo, a pesar de sus frecuentes vacilaciones sobre la veracidad de aquella voz y el sentido de su futuro, soteradamente se iba afianzando en su interior la conciencia de ser una excepción destinada a un objetivo trascendente, en apariencia muy por encima de sus raquíticas posibilidades de hombre corriente y hasta vulgar, de Quijote que pretendiese ver gigantes donde sólo había molinos. Al fin y al cabo, había oído hablar con frecuencia de la voz de la conciencia como de algo más que una simple metáfora, de modo que no era tan raro que esa voz le acosara sin descanso hasta sentirse culpable si tenía la tentación de despreciarla. Pero aún no acababa la zozobra que le producía su ignorancia sobre las tareas que tradicionalmente se habían encomendado a un elegido del señor X. En primer lugar, porque parecían unas tareas tan importantes que no creía sentirse capaz de acometer algún día, más cuando él no era considerado por su familia como un ser especialmente digno de admiración, sino como un joven cualquiera, hijo de un electricista corriente. En segundo lugar, porque tampoco sabía si le exigiría la voz nuevas tareas que no fuesen las que hubiera encomendado un señor X tradicional, sino mucho más arriesgadas e inverosímiles. Y en tercer lugar, porque su aspecto físico no era especialmente atractivo como para concitar la admiración o el embelesamiento de las ma-

sas. Tenía los ojos ahuevados y una pupila distraída, un gesto seco y un mentón caballuno. El pelo ralo, la voz atiplada, las cejas cabizbajas, la estatura pequeña y el aire desmedrado no mejoraban precisamente su imagen a ojos de la gente, en la que advertía un cierto matiz de repugnancia al verle. En una palabra, su figura no tenía nada de lo que podría apreciarse en un líder carismático. Incluso un psicoanalista como Adler, el discípulo de Freud, quizá hubiera descubierto en su pretensión casi sobrehumana el intento de compensar un complejo orgánico de inferioridad.

Es verdad que sus aventuras mentales en torno al señor X no habían comenzado con el sueño insólito de aquella noche singular, sino que habían sido tan antiguas como su infancia. No sabía por qué desde niño tuvo el incoercible impulso moral de tratar a sus compañeros como si cada uno fuese el tal señor X al que había que defender de cualquier agresión indigna, hasta el punto de que un día sufrió las consecuencias negativas de sus loables propósitos en forma de puñetazo que lo derribó al suelo, al defender a un compañero de clase enclenque frente a un pequeño animal humano. Y no sabía en qué medida ello contribuyó a que mucho más tarde se sintiera inclinado a especializarse en su supuesta palabra, estudiando equixología para poder hablar del señor X, cosa que era bastante más noble que ser su fiel criado o juguete de sus astucias. Pero no contento con fallar en su pretensión por incompatibilidad psíquica con los rituales equixológicos, aquella aspiración le pareció modesta desde aquel sueño poderoso en que cayó como san Pablo del caballo de su comodidad y se le reveló lo que parecía su destino. Aunque en vano esperó meses a que la voz de otro sueño le revelara el objeto de su cometido, hasta el punto de haber llegado casi a olvidarse de aquella no-

che excéntrica, entregado a su ocupación cotidiana de maestro de niños, a sus enamoramientos pasajeros donjuanescos y a su afición algo patológica de coleccionista de esquelas raras. Afición que llegó a atribuir a su preocupación obsesiva por la muerte. En realidad la comparación con san Pablo no era muy apropiada, porque todo había ocurrido subrepticamente, sin sobresaltos ni aspavientos, ni visiones estremecedoras y luminosas, ni caída de ningún caballo. No había existido ningún «¿por qué me persigues Paulo?» inquietante. Él no había perseguido a ningún señor X. Más bien este le había perseguido a él, primero con el disimulo de un cazador furtivo y luego, en su juventud, con un entusiasmo despiadado, utilizando millones de voces anónimas que lo acosaban sin descanso. ¿O acaso esa llamada enigmática no tenía nada que ver con el misterioso señor X, sino que era un grito angustioso de la humanidad que le pedía simplemente una entrega absoluta para liberarla de las garras del mal, en las que él tantas veces había sucumbido?

En su infancia, el señor X, era un nombre vacío que intentaba encarnarse en extrañas imágenes ajenas al deseo. Desde luego ni lo más comprensible, ni lo más deseable. Un esqueleto, un espíritu vaporoso, el rostro airado y gesto amenazante de una bóveda, la regla que prohíbe, el señor de los ejércitos en los edificios derruidos. Evidentemente ese dios no lograba representar el universo desde todos los puntos de vista. Sin que él tuviera conciencia de ello, le había arrebatado poco a poco su originalidad, su omnipotencia, su omnipresencia y demás atributos que los equixólogos habían colgado en ese nombre como si fuera una percha que valiera para todo. Pero el deseo inalcanzable y obsesivo de la carne maduró en la negación de esta como se desprecia un tesoro cuya posesión

es imposible. Lo que se disfrazaba de hartazgo mundano, de aburrimiento y de asco por las glorias terrenas sólo era el fruto de la ignorancia vergonzosa del mundo y de la incapacidad de conquistarlo. Ese señor X era el refugio de todas las ausencias sentidas, de todos los deseos contrariados. Algo tenía que sustituir las frustraciones y dar a sus objetos una vida ideal. Un yo adolescente tenía que agenciarse un ideal sublime que pusiera sordina a los requerimientos insaciables y prohibidos del ello. Las normas y los principios eran la tabla de salvación para un alma presa de algo a la vez anodino e importante. Odiar lo inasequible y convertirlo en objeto prohibido, sustituyéndolo por la incógnita del señor X, aparte de ajustarse a las normas era el método de su maestro Arteta. Pero no era ni siquiera la razón contra el instinto, sino el vacío omnipotente contra un pobre deseo. Ante semejante ingenio celeste, sujeto de sesudos mamotretos y protagonista de las más excelsas obras de arte, la putilla de Isabel tenía todas las de perder. Más cuanto que la obligación de suprimir el deseo provenía de un decreto de la eternidad. Aunque lo más llamativo era que los nombres adquirieran cuerpo cuando lo normal debiera ser que a los objetos se les diera un nombre. Ese proceso por el cual una simple palabra como la del señor X se personificaba y alrededor de la cual surgía una constelación de signos, razonamientos, actitudes y emociones reales, que se llamaba equixología, era algo verdaderamente misterioso. Ahora sólo recordaba algunos de los cientos de libros que desfilaron ante sus ojos durante aquella extraña adolescencia llena de angustias impropias de la edad: *Ausencia y presencia de Dios*, de E. Blanchet; *El problema de Dios en el hombre actual*, de Von Balthasar; *El drama del humanismo ateo*, de Henri de Lubac; *Las confesiones*, de San Agustín; *Las dos fuentes de la moral y de la*

*religión*, de Bergson; *Dios y la filosofía*, de Gilson; *Del conocimiento de Dios*, de H. de Lubac; etc.,etc.

«dios, dios, dios... —escribía en su diario de uno de aquellos años—.Estoy borracho de dios. dios que me sale por las orejas, por la boca. dios hasta en la sopa, hinchando mi alma como un globo aerostático. dios hasta en las heces, porque el culo debe estar tan limpio y puro como el mismísimo dios y no puede someterse a operaciones de apendicitis que aligeren la mierda sagrada. Estreñimiento crónico de dios como de una bomba a punto de explotar de cara al cielo. Según Ortega, cualquier equixología nos transmite más cantidad de dios que todos los éxtasis de todos los místicos. Cantidad puede, pero calidad no. Mil veces no. La equixología transmite una inmensa cantidad vacía y nominal, mientras la mística se come a ios, se lo traga íntegro y lo digiere hasta el tuétano en el santiamén del éxtasis. Camino de perfección, moradas, castillo interior. Volé tan alto, tan alto, que le di a la caza alcance. Evolución mística: saltarme al diablo a la torera, purgarme, contemplar hasta estrujarme las meninges. Y luego la iluminación hasta dejarme ciego para no ver las cosas que me rodean sino con un halo de resplandor».

Durante un tiempo cohabitaron en su alma tres dioses, de cuya incompatibilidad no era consciente en un principio. El viejo dios de la Alianza, de la ira, de los mandatos intransigentes y del castigo, que había sembrado de miedo su corazón infantil; no era precisamente el dios de su adolescencia, el dios ebrio de la naturaleza exuberante, del azul zarco y la lluvia generosa que regaba los campos. El panteísmo era la tentación natural de un alma sensible, el sendero por el que sus deseos encontraban su cauce: los bosques sagrados que guardaban los secretos de la tierra, las catedrales milenarias que elevaban

el corazón hasta el éxtasis, las cumbres nevadas que daban fe de una divinidad sin mancha, el arbolillo bañado en la luz de mayo que adoraba como a un virgen adolescente, delicado numen de la naturaleza preparado para el sacrificio del viento, las estrellas que escondían el secreto del universo infinito. Y la música. ¡Ah! La música. No sabía por qué le gustaba. Podía dar explicaciones de la aparición del dios, pero le resultaba muy difícil explicar el porqué de la música. A pesar de eso, ¿no sería tan misteriosa como el propio dios hasta el punto de que de ella sólo pudiera decir que era la expresión inmediata del sentimiento, la más directa, la más pura, la más fiel, y la que utilizaba la materia más sutil para expresarse de entre todas las artes? Además, tenía la impresión de que cada instrumento guardaba en su entraña un modo distinto de expresar el sentimiento, e incluso tenía la clave específica de cada sentimiento. Ningún instrumento podía expresar la desesperación mejor que el violonchelo, la angustia y la tristeza profunda que el fagot. La trompeta, el triunfo, la exaltación y la alegría. El órgano, la solemnidad. El tambor, la fuerza, la confusión y el caos. El piano era quizá el más flexible de los instrumentos y podía expresar todos los sentimientos por igual. Por otra parte, el barroco le parecía que significaba la conformidad con la naturaleza ordenada. El clasicismo, la conformidad con el orden social. El romanticismo, la lucha con el orden natural y social. Y la música contemporánea, expresaba la angustia de ser hombre.

Aunque llegó un tiempo en que su alma ya no animaba nada. La proyección que había hecho del mundo de sus sentimientos y que formaban su experiencia estética se quedó sin sustancia y apareció como el cuadro de una naturaleza muerta. La sublime trasmutación que sumergiera la dura vida del cam-

po en la belleza inmaculada de un paraíso, en contraste con la realidad urbana, quedaba reducida a cenizas. La naturaleza fue perdiendo su aspecto sagrado de templo preferido por el dios para manifestarse. Primero se desacralizó la luz, el aire, el color del cielo, que era un termómetro del estado divino, la hoguera de los ocasos, las tormentas del verano, el mar del eterno retorno. Luego dios abandonó los jardines ardientes del amor, las cúpulas de los sueños infinitos, las velas blancas surcando el horizonte azul. Dejó el aroma de las flores, se desprendió del sonido de los violines, de las campanas del atardecer, del sabor de las fresas y el tacto de los musgos. Huyó de las palabras buenas, de los gestos heroicos, de las enseñanzas victoriosas.

El tercer dios era más íntimo a él que él mismo. Era el centro mismo de su intimidad, el dios compasivo de la humanidad doliente, del amor universal y la unión con el todo. Los dos últimos dioses podían fusionarse uno en el otro. El dios crucificado que reconcilia a la humanidad con la naturaleza y lo devuelve al paraíso, que salva al hombre del dolor urbano del mundo, congraciándolo con el jardín del edén, también era el orgulloso Prometeo que roba el fuego sagrado. Sin embargo, poco después ni el espíritu ni el hijo estaban de más. El espíritu tenía sentido, porque el amor tenía sentido. También el hijo tenía sentido: el dolor del mundo se palpa, la compasión es un sentimiento universal. Pero el padre estaba de más en la divinidad juvenil. ¿Qué tenía que ver el dios vengativo y sanguinario con el dios sufriente y solitario y con el espíritu que ama el paraíso? ¿Pero no era el paraíso un jardín para animales, como había dicho Hegel?

Pensaba que ningún místico había tenido una relación directa con el Padre. El Padre siempre permanecía en esa

distancia infinita, soberano imperturbable de un reino inaccesible, poblado de súbditos temblorosos ante su presencia majestuosa. El Padre exigía temor y temblor, respeto, reverencia, adoración, pero nunca suscitaba amor. Era el gran ojo que vigilaba y escudriñaba los actos más nimios, el juez arbitrario que acusaba y condenaba por toda la eternidad, como si alguien hubiera demostrado que la eternidad pudiera superar al tiempo medido del universo.

Luego dios se vino abajo como un castillo de naipes, como un decorado mal puesto en donde se hacía una representación falsa. Al dios se le caían todos los disfraces con los que se había ocultado durante años, todas sus máscaras estratégicas para ganar su confianza. dios moría en su cabeza convertido en un simple señor X, tan misterioso como una incógnita matemática inextricable, pero al que aún se aferraba su corazón como una astilla al último rescaldo de lo que había sido la poderosa llama de una hoguera. Después desapareció por completo y, al sustituirlo por el señor X, sólo era ya un absoluto desconocido, un gas sin consistencia, el objeto inútil, incluso siniestro, de una vana especulación. Veía más apropiado llamar a dios señor X si quería darle un nombre a su ignorancia. Pues se trataba realmente de eso, de referirse no a un ser extraño, desconocido, inefable, sino a lo extraño y desconocido del mundo, a su propia ignorancia y extrañeza ante el porqué de la existencia. Simplemente eso era el señor X y no un dios adornado de cualidades inventadas que indicaran un conocimiento positivo de su ser que pretendía ocultar esa ignorancia primordial acerca de la vida. La X indicaba esa incógnita, esa ignorancia, y la expresión «señor» le permitía personalizarla y relacionarla con el nombre habitual de

dios. La teología negativa ya había entrevisto algo de eso, pero no lo había explicado claramente.

Los diarios de aquellos años, antes de que dios desapareciera en el señor X, se revelaban a una nueva luz. La sombra de la nada planeaba sobre esos textos de carácter tautológico, ahítos de frases hechas, tópicos religiosos, muletillas teológicas, distorsionadas exégesis de los sentimientos y las sensaciones. Y un inmenso deseo de lo verdadero, lo bueno y lo bello particulares, que le había perseguido en la adolescencia, estafado profundamente, burlado sin misericordia por instituciones abstractas, por nombres abstrusos, y anulado de raíz el instinto vital por prohibiciones y sanciones y seducido por vagas ensoñaciones paradisiacas.

